

Para A. A. Parker este punto de la narración marca el comienzo del proceso alegórico que Galdós emprende ya en su búsqueda del verdadero Cristo (11). Creo más acertada la opinión de Goldman, quien dice: «Galdós is thereby challenging his audience to read the apocryphal inner novel in *Nazarín*, to move among its strands of "fact" complexly woven with illusions» (12). Para mí, la importancia de esta primera parte no reside en su relación puramente formal al resto de la novela, sino en su anticipación de toda la trayectoria espiritual de *Nazarín* y, por consiguiente, del lector. Es más bien prefiguración de novela o advertencia al lector que mero prólogo o introducción. Para que se compruebe tal declaración, ahora nos incumbe referirnos a los mismos sucesos de la primera parte.

Al acercarse al lugar donde vive *Nazarín*, el narrador nos relata la historia del nombre pintoresco y gracioso de la calle: la de las Amazonas. Aun en estos primeros momentos, el narrador (que nunca especifica su propio nombre así, dando lugar a la confusión lícita con el mismo Galdós, aunque sería muy arriesgado decir que Galdós se está pintando a sí mismo en tal personaje), se nos descubre como hombre muy dispuesto a las declaraciones categóricas, sin tener, a veces, pizca de prueba en qué basarlas o a ensartar frases completamente contradictorias o de ningún sentido. Por ejemplo, se apresura a explicarnos la ironía del nombre callejero con «orgullo de sagaz cronista» (1679), para anunciar en la frase siguiente que debe estas noticias a un «ingenuo *avisador* coetáneo», sin darse cuenta de que así está desmintiéndose, o, al menos, poniendo en duda la autenticidad de sus observaciones y dichos siguientes. El lector ya va sospechando de este guía que le confunde. Pero más importante es el orgullo que manifiesta él. Desde el principio el narrador se caracteriza —sin escandalizarse de ello— como persona vanagloriosa. Parece más interesado en señalar su erudición que en verificarla, erudición que le es, además, prestada. No percibe tampoco que sus palabras desorientan a los lectores. Después de haber dicho primero que en esta calle había «en tiempos de Maricastaña» un corral del que salieron a caballo algunas mujeronas vestidas de amazonas «a estilo de las heroínas mitológicas» (1679) (así sugiriendo una época muy remota), de pronto nos lanza en una precisa: la de Felipe II: el cronista es coetáneo de este período y las mujeres iban a celebrar la entrada de la reina, Isabel de Valcia, en la capital española. El narrador opina que estas mujeres eran chulapas, pero no aporta evidencia, sólo dice: «tengo yo para mí» (1679). Ha-

---

(11) Parker, pp. 92-93.

(12) Véase nuestra primera nota.

blando del linaje de la dueña de la casa de huéspedes en la que vive Nazarín, se exhibe igual seguridad infundada: «lo que sí puedo asegurar es que [Chanfaina] descende de ellas [las Amazonas] por línea de bastardía» (1679). Pero no nos explica cómo lo sabe. Inmediatamente después, se ve incapacitado de precisar el nombre de esta mujer: «*Estefanía, la del Peñón, Chanfaina*, o como demonios se llame» (1679). El narrador no parece comprender que esta ignorancia choca bruscamente con la seguridad anteriormente manifestada. Pero ni por eso reconoce que su conocimiento sea limitado. El punto culminante de este introito desconcertante se alcanza cuando nos asegura el narrador [«porque digo con toda verdad» (1679)] que no puede llamar a *Chanfaina* mujer: «se me despega la pluma cuando quiero aplicárselo [el nombre]» (1679), pero no nos dice cómo o qué es ella, sino que afirma es «la más formidable tarasca que vieron los antiguos Madriles y esperan ver los venideros» (1679). Pero ¡qué cosa más absurda!, puesto que el lector actual, contemporáneo del narrador, se siente completamente distanciado de esta figura fantástica por las referencias al pasado y futuro y por la ausencia total de datos con que imaginársela. De ahí lo vano y lo vacío de las pretensiones del narrador. Con suma maestría artística, Galdós ha puesto de relieve algunos aspectos importantísimos de la mentalidad del narrador en estos primeros renglones. Nos ha presentado a una persona que es orgullosa de su erudición, dígame muy pronto, de poca monta, ya que se refiere a una cosa trivial, como la historia de un nombre callejero, y es de segunda mano, indigesta. El orgullo nos resulta inaguantable, tanto más cuanto que el narrador no se da cuenta de las incongruencias, contradicciones y lagunas de sus dichos, que nos saltan a los ojos a nosotros los lectores. Aun cuando está momentáneamente indeciso sobre ciertos detalles, no desiste de este exhibicionismo orgulloso. En resumidas cuentas, el narrador no está seguro de mucho y, a veces, de nada, pero se empeña en proclamarse poseedor de la verdad. El éxito de Galdós, por muy lentamente preparado que sea, consiste en que antes de que se inicie la trama propiamente dicha, el lector tiene ya dudas acerca de la autenticidad o exactitud de quien debe ser, para él, de toda confianza, y esto en un contexto documentado, pasado. ¿Cómo vamos a creerle cuando nos describe lo que observa en su visita a esta casa madrileña?

En efecto, no se para en barras para convencernos de lo fidedignas que son sus observaciones: nos desengaña respecto a la verdadera significación del rótulo que exhibe la casa de *Chanfaina*: «No tome nadie al pie de la letra...» (1679), y nos lleva de la mano por